

SESIÓN NECROLÓGICA EN HONOR DEL ILMO.
SR. D. SEGUNDO GUTIÉRREZ DOMÍNGUEZ

INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. D. RAFAEL MIR JORDANO

Nuestra Real Academia olvida a veces que su fundador fue liberal, pero no, que fue canónico. Antes de fallecer Segundo Gutiérrez, “el padre Segundo”, el doce por ciento de los académicos numerarios era de sacerdotes. Dificilmente ninguna otra institución cultural civil con fines civiles alcanza tan alto porcentaje sacerdotal.

Pero no fueron sacerdotes quienes propusieron a Segundo Gutiérrez para académico numerario en 2008, sino personas artistas de por sí o muy ligadas al arte: Emilio Serrano, Luis Bedmar y Mercedes Valverde; un pintor, un músico y una directora de museos. Esto prueba que nuestro compañero recordado hoy merecía la mejor consideración como artista. Un sobreañadido, especialmente relevante desde la perspectiva académica, sobre la bondad, cordialidad, humildad y religiosidad de la persona, que era esencialmente discreta. Si tenía que atender alguna obligación profesional que le obligara a acortar su asistencia al pleno académico, a la hora exacta se esfumaba literalmente; casi nadie reparaba en su salida.

Acudí a todas las exposiciones de su obra escultórica que celebró en la ciudad, y él siempre nos recibía con mucha complacencia y con protestas de no merecer tanta atención.

Pero nunca anduvo en los circuitos de la vanidad artística, en la búsqueda de gloria y fama, aunque sin duda le gustaba ser reconocido como lo que era: un escultor de gran talla con tallas grandes, cuando no desmesuradas para su frágil y breve condición física. En su última época se lamentaba de que su enfermo corazón hubiera dejado de permitirle el esfuerzo necesario para acometer las grandísimas expresiones en madera de años atrás.

Este Zamorano de pueblo del año 1932, era hijo de carpintero ebanista, lo que le familiarizó con la alegría de respirar serrín en el último gesto con la gubia. Ese amor a la madera trabajada con amor no se manifestó en obras de su autoría hasta 1970, cuando ya contaba 38 años de edad.

Pero ese inicio tardío no impidió que el número de sus obras, que están repartidas en Venezuela, Italia, Filipinas, Francia y nuestra España, sobrepase el 800.

Suele errarse cuando se señala el discípulo de Julio Romero con quien trabajó, que no fue otro que el pintor cordobés Antonio Costi Jordano, equiparable en modestia con Segundo.

Si se tratase de enfrentar a dos escultores expresionistas cercanos a nosotros, habituados a esculpir brazos estirados y manos extendidas hacia el cielo, podríamos escoger para parangonarlo a Segundo Gutiérrez, a Aurelio Teno, aunque éste trabajase frecuentemente con metales y piedras, no con madera, y tuviera un talante ante la vida y la vida artística absolutamente opuesto al del humilde claretiano.

Es tan evidente el expresionismo de nuestro artista, que no hace falta cita de autoridad para apoyar la clasificación, pero si puede ser oportuno recordar que Camón Aznar indicó que nuestro hombre había optado por una de las posibles raíces del expresionismo: la exaltación de la espiritualidad, que se traducía en figuras altas y delgadas; puras.

Segundo Gutiérrez amaba las maderas nobles, de las que decía que ayudan, que son irreductibles a la carcoma y a la intemperie y obedientes como un fraile, dóciles a las manos que las tallan o acarician.

Trabajó con más de cincuenta maderas de procedencias muy distintas: con la europea de abedul, el naranjo y el olivo; con la africana caoba; con la asiática palisandro...

Una escultura en madera que representara a Segundo Gutiérrez Domínguez, forzosamente habría de ser tallada en madera de palo santo.

INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. D. ANTONIO CRUZ CASADO

“Aprendí a estimar la madera nada más nacer: en la cuna labrada primorosamente por mi padre (Deogracias, carpintero) para sus seis vástagos, con mi madre Zósima. Fueron los primeros meses. Pasados muchos años descubrí una libretita de él donde, entre las anotaciones del trabajo, apuntaba los sucesos familiares y leí: Hoy, 27 de junio de 1932, nos ha nacido el tercer hijo, se llamará Segundo por su tío y padrino y José por la mucha devoción que se tiene en el hogar al Santo Carpintero, padre adoptivo de Jesús”. Estas palabras de carácter autobiográfico, que recoge Juan José Primo Jurado, en un artículo¹ del año 2008, reflejan ya dos constantes en la vida de nuestro académico fallecido: la madera y el sentimiento religioso.

Recuerda en otra ocasión, en un texto incluido en nuestro boletín, su pequeño pueblo natal, un lugar con poco más de doscientos habitantes en la actualidad, allá en la provincia de Zamora: “Bretó de la Ribera –escribe- puntito imperceptible en la piel de España. Bretó, recostado a la vera del Esla, despierto o dormido –siempre soñando-. El padre río Esla, con sus afluentes el Tera y el Cea, que siempre en mis tiempos de catecismo me parecieron un símbolo trinitario. Sus aguas límpidas, donde podían espejarse las percas y los barbos, las bogas o las anguilas. [...] el río Esla, que cuando se salía de madre, llegaba a lamer los maderos que mi padre arrumbaba contra las paredes del taller”².

Como sucede en muchas ocasiones, es en la infancia de la persona donde se gesta la vocación y las vivencias que van a marcar profundamente su vida; de esta manera recuerda su visita a la ciudad de fray Luis: “Salamanca, la primera ciudad con la que se encontró –admirada- mi niñez, cuando mi padre –carpintero- me llevó a que viera la feria de maderas en San Mateo. Ocho años tenía yo cuando me maravillaba ante tantos edificios, que, acariciados por el primer sol, me parecían de oro. Mi padre compraba allí maderas para hacer carros de labranza, y yugos y cubas y armarios; y yo me arrogaba ufano el derecho y el deber de ayudarle. Allí nació mi vocación a la talla de Cristos o de Inmaculadas”³.

Y andando el tiempo, esa afición infantil a las tallas de cristos y de vírgenes, aprendida en el taller paterno, se convierte en uno de sus mayores gozos, en un recurso anímico, espiritual, que conecta su sentimiento humano con el mundo religioso y que, incluso, sirve de puente o enlace entre su tierra castellana y nuestra Córdoba; y así

¹ Juan José Primo Jurado, “Padre Segundo: madera y oro”, *ABC*, 19 de noviembre de 2008, p. 10.

² Segundo Gutiérrez Domínguez, “Plegaria ardiente y angustiada (Fray Luis de León)”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 132, enero-junio, 1997, p. 35.

³ *Ibid.*

escribe, no sin emoción: “¿Y quién me iba a decir en aquel entonces, que, saliendo de los círculos del sueño, iba a topar yo con la incomparable y amiga Córdoba? Y que labrarían mis manos una imagen de la Virgen Inmaculada, recordando y recogiendo los símbolos de la Imagen pequeña que trajo Fernando el Santo desde mi tierra benaventiana”⁴.

La vida de Segundo Gutiérrez Domínguez va a estar, como venimos diciendo, a partir de entonces, asociada a sus dos grandes vocaciones: la vida religiosa, vida de cristiano auténtico, a nuestro parecer, de hombre que realiza siempre acciones en beneficio de otros, sin alharacas, como sin darle importancia, y, además, la devoción por el arte escultórico; en este último aspecto, se indica en varios lugares que llegó a esculpir más de diez mil piezas, en madera, de una variedad y calidad extraordinarias, función artística que no deslindaba precisamente de su vocación sacerdotal, sino que puede considerarse más bien como una especie de extensión evangelizadora. Al respecto, afirmaba en una entrevista de 2006: “estoy convencido de que mi predicación con la madera ha sido mucho más que con la palabra. Y con la palabra he predicado miles de sermones, pero creo que he hecho mucho más con la escultura. Diez mil esculturas hablando por todo el mundo. Me decía un padre que cada una de mis esculturas era como un libro abierto en cada una de las familias que las tiene”⁵.

Es posible que nuestro sacerdote artista tuviera una facultad especial para encontrar lo que un simbolista⁶ llamaría el alma de las cosas, el alma de los árboles y de las maderas, de tal manera que podía imprimir un relieve más acentuado de espiritualidad en esos árboles, en esas maderas, que ya ofrecían un esbozo natural de una imagen; porque para los profanos, un bloque de piedra o un tronco de árbol no significa ni sugiere nada, pero para un artista estos elementos encierran ya una figura que es necesario descubrir y mostrar a los ojos atónitos de los demás.

Sabemos que el padre Segundo Gutiérrez fue también poeta, y nos hubiera gustado abundar ahora en esta faceta, sobre la que volveremos sin duda en otra ocasión, pero queremos recordar al respecto las palabras que le dedica Mercedes Fernández, motivadas por el nombramiento de nuestro amigo como académico numerario, el 19 de marzo de 2009: “Como poeta: ¿qué decir? Sus poemas nos llegan al alma y nos transportan a ese cielo en el cual se elevan cantos de amor que él refleja en cada uno de ellos. Versos y prosas de una sutileza que florece de una mente erudita”⁷.

⁴ Ibid., p. 36.

⁵ Luis Miranda, “Segundo Gutiérrez, sacerdote y escultor” [entrevista], *ABC*, 16 de octubre de 2006, p. 47.

⁶ Es una idea que encontramos también en algún novelista español de principios del siglo XX; en este caso en las palabras de un personaje aficionado a la pintura, la joven Carmen, que comenta al respecto: “hasta llegar al perfecto parecido de una reproducción fotográfica, entiendo que es de una dificultad insuperable relacionar estas líneas con el carácter del sujeto o con el alma de las cosas. Porque también las cosas tienen su alma. Hay árboles tristes, y árboles alegres, y árboles comunicativos y dicharacheros, y los hay también huraños, reconcentrados en sí mismos. Un ciprés siempre será un ciprés; pero crea usted que, para quien sabe ver el alma de las cosas, no se parecen en nada el ciprés de un cementerio y el de un jardín de niños”, Pedro Mata, *Corazones sin rumbo* [1916], en *Las mejores novelas contemporáneas, 1915-1919*, ed. Joaquín de Entrambasaguas, Barcelona, Planeta, 1967, tomo V, p. 499.

⁷ Mercedes Fernández Doñoro, “Nombramiento en la Real Academia” [Cartas al director], *ABC*, 28 de abril de 2009, p. 12.

Nosotros, sus compañeros de Academia, tendremos siempre presentes su extrema bondad, su cotidiana sencillez y su absoluta disponibilidad para colaborar en todo lo que se le pedía, siempre con una sonrisa en los labios y con una sincera humildad, rasgos que nos parecen, sin ninguna duda, características inherentes a todo buen cristiano; así colaboró con frecuencia, siempre que se lo pedimos y sus obligaciones se lo permitieron, con el Instituto de Estudios Gongorinos de esta Real Academia, instituto del que me honro en ser secretario, mientras don Manuel Gahete es presidente del mismo. Y vimos y apreciamos esa bondad y sencillez que indicábamos, en muchas oportunidades, también en la misa que anualmente se dice por el alma de don Luis de Góngora, en la capilla de San Bartolomé, de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba, concelebrando don Segundo en múltiples ocasiones con don Miguel Castillejo.

Ese recuerdo imborrable de buena persona, de sencillez, de humildad, que siempre vimos en él, nos hace pensar que bien se le puede aplicar una frase evangélica, la que en los *Hechos de los Apóstoles* dice San Pedro (Hechos, 10, 38) a propósito de Cristo: “Pasó haciendo el bien” (“fue haciendo bien por todas las partes que pasaba”, dice una traducción⁸ del siglo XVIII), y de esto podrían hablar con seguridad y efectivo conocimiento muchas personas de su círculo más íntimo. Entristecidos por su inesperado fallecimiento, en Granada, el 3 de agosto de 2012, a los ochenta años, edad que llevaba tan bien como comprobamos las últimas veces que lo vimos entre nosotros, pensamos, con las consoladoras palabras de Jorge Manrique:

Y aunque la vida perdió,
dejónos harto consuelo
su memoria.

O, recurriendo a la conocida glosa (1561) del protonotario de Felipe II, Luis Pérez:

Murió habiendo bien obrado,
hazlo así cualquiera que eres,
caminante,
mira no vayas errado,
vaya por doquier que fueres,
el bien delante;
obremos como éste obró,
en esta vida de duelo
transitoria,
aunque en la vida murió,
nos dejó harto consuelo
su memoria⁹.

⁸ *El libro de los hechos de los apóstoles, escrito por San Lucas*, trad., Ignacio Guerea, Madrid, Viuda de Ibarra, 1786, p. 82.

⁹ *Coplas de don Jorge Manrique hechas a la muerte de su padre don Rodrigo Manrique, con las glosas en verso a ellas* de Juan de Guzmán, del P. don Rodrigo de Valdepeñas, monje cartujo, del protonotario Luis Pérez y del licenciado Alonso Cervantes, Madrid, Antonio de Sancha, 1779, p. 185. Aun se conocen otras glosas a las famosas coplas, además de las incluidas en este curioso libro, entre las que figuran las de Jorge de Montemayor y las de Pedro de Padilla.